

Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz.

Los judíos de Jerusalén enviaron donde él desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: «¿Quién eres tú?» Él confesó, y no negó; confesó: «Yo no soy el Cristo.» Y le preguntaron: «¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?» El dijo: «No lo soy.» - «¿Eres tú el profeta?» Respondió: «No.» Entonces le dijeron: «¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?» Dijo él: «Yo soy voz del que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.» Los enviados eran fariseos. Y le preguntaron: «¿Por qué, pues, bautizas, si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?» Juan les respondió: «Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia.» Esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

EL SECRETO DE LA ALEGRÍA

3º domingo de Adviento

Este domingo 3º de Adviento es tradicionalmente el "domingo de la alegría". Me gustaría contaros un cuento que puede iluminar la reflexión de esta semana.

EL SECRETO DE LA ALEGRÍA DE UN LEPROSO, QUE SIEMPRE AGRADECÍA Y SONREÍA

Era una leprosería... en el sentido más odioso del término: hombres que no hacen nada, ni esperan nada... hombres solos, o peor aún, abandonados.

Uno de ellos, uno sólo, conservaba los ojos luminosos, sabía sonreír y decir gracias cuando le ofrecían algo. Sólo uno de los leprosos era todavía un hombre.

La enfermera quiso saber la causa de aquel milagro. Y observó que cada día por encima de la pared de separación del mundo – pared alta, maciza-, hacía su aparición un rostro de mujer que sonería. El hombre estaba allí, esperando esta sonrisa, su pan y su fuerza, su esperanza... Sonreía él también, y el rostro de la mujer desaparecía. Entonces, volvía a esperar hasta el día siguiente.

Cuando se vio sorprendido por la enfermera dijo sencillamente: "Es mi mujer". Y tras un poco, añadió: "Antes de venir aquí me cuidó a escondidas, con todo lo que pudo encontrar. Un curandero le había dado una pomada, y cada día me untaba toda la cara, menos en un rinconcito; justo para poner sus labios... Pero fue inútil. Entonces me trajeron aquí. Y ella me siguió. Cuando la veo cada día, sé gracias a ella, que todavía estoy vivo."



Este leproso es un auténtico apóstol de la alegría porque la desesperación y el pesimismo no se instaló en su vida. Halló en el encuentro con su mujer la esperanza para seguir sonriendo y agradeciendo todo.

Nos podíamos proponer esta semana ser "apóstoles de la alegría" para las personas que nos rodean. Te propongo lo siguiente: al acabar la noche ponte en presencia de Dios y enciende una vela. Piensa en que momentos del día el pesimismo se ha hecho presente en tu vida y ofrécelos a Dios para que él los transforme. Después piensa cuantos motivos tienes en tu vida para seguir sonriendo y alegrando la vida a los demás.

Dale gracias a Dios porque Él es la fuente de tu alegría.

